

La calle
Diario de un espectador
El Niño Fidencio
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 7 de mayo de 2010

Aunque la novela de Benito Taibo titulada *Polvo* es un relato de situaciones, una descripción de fenómenos, está asimismo llena de personajes, el más eminente de los cuales es el Niño Fidencio. Figura histórica y mítica, un sanador, verídico o falso que fue objeto de innumerables reportajes y ha sido parte de otras narraciones. Pero la de Taibo tiene su propia fuerza. Leamos por qué:

“Llego hasta el promontorio donde Casillas me espera y antes de preguntarme nada me suelta a bocajarro:

--¡Ahorita va a operar! Están allí arremolinándose junto al Niño. ¡Allí junto al pirul! ¿No los ves? Y señala con el dedo a un grupo de gente que conforme se junta va levantando polvo a su alrededor.

Bajamos la loma a la carrera, rebasando a unos y otros que por diversos motivos físicos son más lentos que nuestras mercedes. Noto, conforme avanzamos, algunas caras de disgusto, y yo intento sonreír como pidiendo perdón por tener dos piernas que funcionan, mientras sigo con mi trote. En algún momento de la bajada Casillas se separa de mí diciéndome entrecortadamente que va buscar su cuaderno de apuntes. Estoy a punto de seguirlo para buscar yo mismo lápiz y papel pero veo que la noticia de la presencia de Fidencio ha corrido como pólvora, y comienzan a moverse personas por todo el campamento, acercándose hasta el lugar que empieza a congestionarse, así que decido confiar en mi memoria.

Doy tres o cuatro empujones sin mala fe...y logro colarme hasta la primera fila de espectadores que miran en el más absoluto y reverencial silencio lo que sucede a sus pies.

Fidencio va vestido de blanco, lleva una especie de mandil y un gorro de cirujano...(es) un mocetón moreno de ojos tristes, de manos enormes, que está arrodillado sobre una manta de lana buscando algo. A su alrededor, mujeres de pie, con cofia, hacen un semicírculo compacto. Más que enfermeras parecen ser su guardia personal: si fueran vestidas como legionarios romanos, con escudos y espadas brillantes, daría exactamente lo mismo. Nadie da un paso más allá de la barrera invisible que han trazado con la mirada y que nadie se atreve a desafiar.

Yace acostado, a la vera de Fidencio, un maduro campesino vestido de manta, que tiene arremangado el pantalón por sobre una rodilla que exhibe sin pudor un tumor elefantiásico, un tumor que deforma completamente esa extremidad. Dos mujeres, legionarias, lo sostienen por las axilas suavemente, no para impedir su huida, que es imposible, más bien poniéndolo cómodo para lo que vendrá a continuación.

Oigo ami alrededor cientos de ansiosas respiraciones. Estoy paralizado, respirando ansiosamente como el resto. Junto a Fidencio, que ahora sonrío, hay dos o tres botellas vacías y algunos potes de farmacia con tapas de latón, gasas, una cubeta de zinc llena de

agua, una botella de alcohol con etiqueta y corcho; parece que hace un inventario y va contando mentalmente. Le miro las manos, grandes y de uñas bien cortadas y limpias...

Una de sus asistentes pide silencio al público presente pese a que nadie, absolutamente nadie, ha pronunciado una sola palabra. Sin embargo, dejo inmediatamente de oír los cientos de respiraciones que hasta hace algunos segundos me circundaban y lo único que se mueve y suena es el aire, el escaso aire que barre levemente la comunidad de Espinazo, municipio de Mima, Nuevo León. Si el cielo sonara, otra cosa sería..”